

LAS ARTES

José Hierro

LLOVÍA a cántaros cuando el féretro que encerraba el cadáver de Florentino Pérez-Embid era introducido en el coche funerario. Cuantos fuimos sus amigos sabíamos el horror que le inspiraba la muerte. Pero tal vez en aquel momento —por reacción totalmente irracional— pensábamos en la tristeza que le causaba la lluvia, como si eso pudiera ya importarle a un muerto. Llovía a cántaros, ya lo dije. Era una razón suficiente para que se hubiesen producido deserciones. Y, sin embargo, eran muy numerosos los que acudían a despedirlo. A pesar de la lluvia. A pesar de que Florentino no ostentaba, en el momento de su muerte, cargo político alguno. A

pesar de que era socio del Opus Dei. Una nota necrológica, de esas vagamente convencionales, no dejaría de señalar entre los muchos que allí estábamos, nombres de pintores ilustres, de políticos en activo o en ascenso, gentes del régimen y de la oposición. Era un reconocimiento tácito de que Florentino Pérez-Embid, antes que ex director general por partida doble, antes que catedrático, antes que Rector Magnífico de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo era —había sido— una criatura humanística de hondo talante liberal, producto raro en un país de sectarios.

No hablo en este caso de lo que ignoro, sino de

Junto a Daniel Vázquez Díaz, el embajador Pradera y el Infante D. Fernando de Baviera, en la inauguración de la primera Sala de Exposiciones del Ateneo de Madrid. Primavera 1954.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES



lo que conozco de cerca. Hablo del Florentino Pérez-Embid de la década de los cincuenta. Hablo del hombre que abre las puertas de la sala de exposiciones del Ateneo al arte más inquieto y problemático. Ya el hecho de ir, desde un puesto oficial, a contracorriente del arte defendido por el Estado es, en sí mismo, notable. Pero un político astuto hubiera podido establecer lo que él creería una sutil distinción entre el arte nuevo realizado por personas afines al régimen y el que era obra de enemigos de éste. Pero no recurrió a trucos para eliminar a los que no cumlaban con la situación. La calidad estética, no la filiación del artista, era lo único que tomaba en cuenta. Esta amplitud de criterio hizo posible que expusieran su trabajo, sin repugnancia por ninguna de las partes, artistas que se encontraban ideológicamente en el polo opuesto al de Florentino Pérez-Embid. Los catálogos de las exposiciones celebradas en la Sala del Prado, pintores y presentadores, son un testimonio incontrovertible a este respecto. Baste, de momento, recordar el nombre de Manolo Millares —y de sus primeras polémicas arpilleras— para confirmar lo que digo. En lo que respecta al Aula de poesía, algo semejante puede decirse para confirmar su espíritu liberal. Gabriel Celaya, Blas de Otero, Elvio Romero (que llegaba de Moscú), Jaime Gil de Biedma, Leopoldo de Luis, Carlos Barral son algunos de los poetas que por allí desfilaron para leer sus versos. Para leerlos sin censura previa. El hecho es más notable si se tiene en cuenta que eran los tiempos en que Arias Salgado se había propuesto aumentar el censo de las almas salvadas. Y más aún cuando se considera que se produjo más de una denuncia al Ministro de la Gobernación en la que se le hacía saber que el Aula de poesía era un peligroso centro de conspiración; denuncias que eran comunicadas por el Ministerio de Gobernación al de Información. No obstante, el Aula de poesía continuó sus actividades con total libertad. Habrían de llegar los liberalizadores al Ministerio de Información para que al Aula de poesía se le pusieran cortapisas, recomendando que se controlase no ya al poeta que fuese a leer sus versos, sino también a los asistentes, a fin de que no se dijese cosas demasiado fuertes.

Una anécdota puede aclarar hasta qué punto las conveniencias políticas no le impedían actuar con justicia (aunque más de una vez la amistad pudiese ser causa de injusticias, ¡achaque bien español!). Durante la reunión del jurado que había de conceder los premios nacionales de Literatura actuaba como ponente del premio para ensayos Adolfo Muñoz Alonso, quien comenzó diciendo poco más o menos: «Hay, entre los libros presentados, uno que ha sido escrito por una gran personalidad del periodismo español

y que se refiere a una alta personalidad política de nuestro país. En consecuencia, dado tu cargo, Florentino, creo que deberías tenerlo en cuenta...» Se trataba de un libro sobre Franco escrito por Luis de Galinsoga. Pérez-Embid rechazó inmediatamente la razón, extraliteraria, mera conveniencia y oportunismo, para otorgar el premio al libro aludido. Y cuando alguien propuso la obra de Joaquín Arrarás sobre la segunda República española, obra bastante objetiva, según ha reconocido la crítica, dados los condicionamientos de la época, Florentino Pérez-Embid apoyó con su voto a Arrarás, que se alzaría con el premio.

He apuntado que sólo la amistad podía hacerle caer en la injusticia. Su vocación sevillana era algo que estaba a punto de hacerle caer también en el mismo defecto. No consistía sólo en proclamarla la ciudad más bella de todo el mundo y de todos los tiempos, a la que mimaba con los espléndidos museos —nuevo y renovado— que le entregó, sino también en preferir lo sevillano a lo de cualquier otro lugar. Esta inclinación a lo andaluz genérico —y a lo específicamente sevillano— pudo ser comprobada más de una vez por quienes intervenían en la concesión del premio Adonais de Poesía. Siempre emitió su voto en conciencia, fiándose de la opinión de los poetas, «porque ustedes sabéis de qué va la cosa». Pero nunca dejó de romper una lanza por algún poeta andaluz. No por uno en particular, sino por cualquiera, entre los seleccionados, que procediese de Andalucía. Era una especie de súplica, pues en ningún caso apoyaba su solicitud en argumentos poéticamente válidos. La verdad es que jamás, si no había un poeta que, a juicio de los demás miembros del jurado lo mereciese, prosperó su petición. Pero creo que en un caso así no le hubiese importado actuar en contra de su conciencia crítica.

No pretendo que estos rasgos acerca de la personalidad de Florentino Pérez-Embid sean toda la verdad. Pero son verdad: puedo afirmarlo porque los he vivido. Acaso signifiquen poco a la hora de trazar un retrato fiel de quien fue, fundamentalmente, un político. Acaso estén en desacuerdo con esa otra parte más amplia de su actividad. En todo caso, insisto, son verdad, o mí me lo parecen, lo que viene a ser lo mismo a la hora de expresar lo que uno cree. Una advertencia final: en la deformación de la realidad, si es que existe, no influyen razones accesorias, obediencias que nos obligan a embellecer al modelo. Quiero decir que ni soy del Opus ni me siento atraído por la personalidad política de D. Juan de Borbón, eje de la vida de Florentino Pérez-Embid. Con ello espero que las cosas queden suficientemente claras y que mis errores son desinteresadamente sólo míos.